

ESTUDIOS

La visión del Catecismo en la obra de Unamuno

ROSENDO DÍAZ-PETERSON
Des Moines, Iowa, Drake University U.S.A.

La visión y el rechazo del catecismo en don Miguel de Unamuno no es un tema casual de sus artículos y ensayos, sino que se extiende a toda su obra en la que representa aspectos fundamentales. Y en esto no excluimos sus novelas en las que también tiene mucho que ver con la estructura de las mismas.

Los hombres del 98 dedicaron gran parte de su arte y energía para descubrir los motivos que llevaron a España a una situación caótica. El catecismo era para Unamuno una expresión de aquellos fallos. Con el deseo de crear una nueva España la generación del 98, y Unamuno en particular, se burlaba de todo letargo y pereza. Y no se olvide que para don Miguel el catecismo era, en su mismo estilo y contenido, una expresión de «pereza y pereza» y los párrocos que dejaban la enseñanza del catecismo a los maestros también se convertían en expresión de pereza¹. Además de encontrarlo contradictorio², y falto de visión³, el catecismo era para Unamuno el reflejo de un pueblo que no piensa. Lo que tanto él como sus colegas habían «dicho de lo económico y de lo político debe aplicarse a lo religioso en un país donde durante siglos no se ha permitido pensar sobre ello»⁴.

¿Decía todo esto don Miguel porque era un ateo, como han dicho algunos críticos? Habría que ser bien miopes para llegar a esta conclusión sobre todo para quien haya leído su *Diario*. En cuanto al catecismo él mismo se encarga de explicarnos el por qué de su actitud: «Toda indagación lealmente científica, es decir, analítica y comparativa, lleva a algo como nos enseña la honda y verdadera fe»⁵. En este caso estaríamos creando lo que no vemos, mientras que el catecismo nos enseña simplemente a crear lo que no vimos como protagonista de una «fe implícita, la fe del carbonero»⁶. No debe existir para Unamuno enseñanza que no fomente verdad y vida. De ahí que pueda decir sobre el catecismo: «El contentarse con la fe llamada implícita, a conciencia de lo que es y de que hay otra explícita; el atenerse al 'creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia, apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera o más bien por temor

1. «Cuestiones de momento. La cuadratura del círculo», *Obras*, Madrid: Escelicer, VII, 519.

2. «*La patria y el ejército*», III, 852.

3. *Del sentimiento trágico de la vida*, VII, 275.

4. Conferencia pronunciada en La Coruña el 18 de junio de 1903. IX, 101.

5. Discurso «*Sobre el cultivo de la demótica*», Sevilla, 4 de diciembre de 1896. IX, 55.

6. «*Letras de América...*», IV, 923.

de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras»⁷. Y termina por señalar su posición en este campo: «Mi fórmula debe condensarse así: 'lengua, sí; gramática, ¡no!; religión, sí; catecismo, ¡no!'»⁸.

El catecismo al que nos referimos es el *Catecismo de la doctrina cristiana*⁹, el cual contiene fórmulas dogmáticas que los niños aprendían de memoria y que Unamuno, quien también las tuvo que aprender del mismo modo, incluye en sus novelas y en una multitud de artículos y ensayos.

La idea de contar con un texto mínimo de religión, orientado al ejercicio mental de repetición más bien que al de comprensión, no era totalmente rechazada por Unamuno en un principio. Pero tampoco quiero indicar con esto que el autor de *Paz en la guerra* y *En torno al casticismo* se encuentre en esta vertiente al escribir estas obras como ha intentado la crítica. Con el significativo título de «Repetición» Unamuno alaba las prácticas de los socialistas del entonces por ajustarse a los principios pedagógicos del catecismo cristiano¹⁰. Las repeticiones escuetas del catecismo podrían servir por lo menos al principio, como vehículo para la difusión del idioma y la cultura. Tales son los sentimientos que le animan en «*Religión y patria*» donde ataca a los vascos que se alejan del catecismo lingüístico, lo que resultaba imperdonable para él¹¹. Aceptaba asimismo ciertas consecuencias socioeconómicas atribuidas al catecismo: «El libre cambio es, si bien se mira, un precepto moral, una derivación rigurosa del 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'»¹². Es más, a los frutos socioreligiosos del catecismo podría atribuirse la eficacia en combatir la superstición. Esto lo repite en muchas ocasiones. Una de ellas se encuentra en «*Cartas al amigo*» donde encomienda el catecismo por su oposición a los «agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas»¹³. La misma insistencia puede encontrarse en «*Svástica*»¹⁴ y en «*La 'Bicha'*»¹⁵, aunque se trate de un valor extrínseco, cuando no me-

7. «¿Qué es verdad?», III, 863.

8. «*La honda inquietud única*», VII, 1165.

9. «Escrito por el Reverendo P. Gaspar Astete, añadido por el Lic. D. Gabriel Menéndez de Luarca, y aumentado» (Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, sin año). El P. Gaspar Astete es un jesuita que vivió de 1537 a 1601. Su catecismo constituyó el instrumento principal de la enseñanza religiosa en España hasta después de mediados del siglo XX.

10. «Hacen, pues, muy bien los propagandistas del socialismo en repetir de continuo un número corto de principios hasta que se los aprenden los obreros y los no obreros, como los niños se aprenden las respuestas del Catecismo», IX, 899.

11. Los nombres que hay en vascuence tomados del latín o del castellano —que son, siendo en el caudal completo del léxico, no muchos, los más de los que designan ideas psicológicas y religiosas, nombres que a cada paso ocurren en el Catecismo, como alma, espíritu, voluntad, cielo, infierno, virtud, etc.—; todos esos nombres eran sustituidos por otros formados caprichosamente con raíces y sufijos vascos por algún forjador de volapuk. Y esto, claro está, no era enseñar al pueblo en la lengua que habla, tal y como la hablare, sino que era pretender resistir la difusión del castellano, es decir, de la cultura», I, 1113.

12. «*La crisis del patriotismo*», I, 982.

13. VII, 1041.

14. «Y la puerilidad racial —y racista— de caer en tales adoraciones fechitistas entra en lo que el Catecismo de la Doctrina cristiana, el del P. Astete, J. S., llama 'agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas'», VII, 1089.

15. En este texto reprocha a los cristianos de este modo: «Y los más de los que hacen esto se tienen por cristianos y han aprendido en el Catecismo de la Doctrina que dicen profesar, que es pecado el creer en agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas», IX, 841.

diocre el que se atribuye al catecismo. También lo alaba por su ingenuidad tan simple que corresponde a los anhelos más elementales del hombre. Este es el caso en «*El problema religioso en el Japón*»:

«P. ¿Para quién hizo Dios el mundo?

R. ¡Para el hombre!»

Esta sencilla y noble ingenuidad del catecismo católico es en el fondo la base de nuestros anhelos»¹⁶

Pero los ataques en contra del catecismo predominan en casi toda la obra y vida de Unamuno. Se refieren tanto al estilo como al contenido y a todo lo que el catecismo representaba para un pueblo que lo aceptaba como suyo. Nos deja saber bien pronto que no se trata de una cuestión marginal: «Aparte de la gramática, el fuerte de nuestra enseñanza primaria lo constituye el catecismo de la doctrina cristiana –quiero decir, católica, apostólica y romana– y la llamada historia sagrada»¹⁷. En una conferencia dada en Bilbao el 11 de agosto de 1905 opina que lo que se enseña a los niños al principio debería encontrarse al final: «Y resulta que lo primero que se enseña a los niños es lo más difícil: la Gramática y el Catecismo»¹⁸. En «*Nuestros pedagogos*» se preocupa también de lo mal enseñado que era el catecismo¹⁹.

Mas Unamuno nunca fue un individuo obsesionado con las apariencias externas de cualquier tipo. Lo que más le preocupaba era el contenido mismo de la obra. Y bajo este punto de vista tal vez sea en el *Cancionero* donde mejor expresa sus objeciones. Nos deja saber allí que el catecismo del P. Astete ha sido objeto de correcciones escolásticas bien poco recomendables. Tal es el caso del cambio en la definición de Dios que pasó de *cosa a causa*. Y, al entrar en escena el cardenal Zeferino González, cuyo texto de filosofía tomista hubo de seguir el joven Unamuno durante sus años universitarios, Dios se convirtió no sólo en causa, sino también en el Ente Puro de la filosofía aristotélicotomista:

«DIOS, es una cosa, nos decía
el P. Astete;
nuestra niñez reía
con fe sin brete.
Mas luego con la filosofía
del P. Zeferino,
cardenal campesino,
te me hicieron, Señor, quisicosa,
el Ente Puro...
y fue la comedia tenebrosa
mortal apuro...»²⁰

16. III, 1116. Aunque esta frase no se encuentra en la edición del catecismo que estoy utilizando formó parte de otras ediciones.

17. «*Nuestros pedagogos*», IX, 1315.

18. «*La enseñanza de la Gramática*», IX, 156.

19. «Soy partidario de que sea el cura, y no el maestro, quien enseñe esas cosas... Las disciplinas más difíciles y complicadas como son el catecismo, que no es sino teología en píldoras, y la llamada gramática, que no es sino ideología escolástica, es lo que constituye el nervio de nuestra enseñanza primaria», IX, 1315.

20. VI, 1120.

En el mismo *Cancionero* explica más delante por qué dicho cambio constituye una aberración. Si Dios es un ser activo, y no un ente de ficción, dice al comentar el *Padre nuestro*, abarca como una cosa a todas las demás:

«'Que estás en los cielos...' luego
 más que un Ente, es un Estante
 que allende todo sosiego
 guarda, primer Abarcante,
 la Cosa del Padre Astete,
 el Estante no causado
 donde con sello, se mete
 el orden, razón de Estado»²¹.

Esta preocupación acompañó al rector de Salamanca durante toda su vida. Todavía en el discurso de la inauguración del año académico 1934-1935, en la universidad de Salamanca, se refiere a «Dios, la Cosa de las cosas –Causa de las causas–, 'cosa la más excelente', así aprendimos de niños en el Catecismo del Padre Astete, luego desacertadamente corregido»²². En «*Alrededor del estilo*» ofrece el subtítulo de «Cosa y causa» y añade: «En las últimas ediciones del Catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete, S.J., los jesuitas, en su odio demoníaco al estilo, a la personalidad, han modificado la definición –llamémosla así– que de Dios daba aquel castizo padre. Decía que 'Dios es una cosa la más excelente', y seguía. Han quitado lo de cosa, sin percatarse de que Dios es, ante todo y sobre todo, una cosa, una causa. ¿Será porque creen que cosa dice toque a cuerpo, a materia? Acaso, como el bueno de Don Juan Manuel Ortí y Lara nos decía que llamar la Humanidad al género humano era caer en pecado de panteísmo»²³. Se da otra nota de jesuitismo en el catecismo español que le gustaba muy poco a don Miguel y a la que reiteradamente se refiere. He aquí uno de sus típicos comentarios incluido en «*La siesta eterna*»: «En nada acaso se revela más hondamente la esencia del jesuitismo que en aquella famosa expresión del Catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete, un jesuita, y es la que dice: 'eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder'. Y es que nadie como los jesuitas ha defendido la fe implícita, la fe del carbonero. O sea la obediencia de entendimiento que dijo Iñigo de Loyola. El jesuita llega a más, y es a desconfiar de la teología. Cuanto menos se piensa en problemas religiosos, mejor. Basta tomar el dogma ya hecho, el género de fábrica con su estampilla»²⁴. Esta pesadilla acompañó siempre a don Miguel. Pero se ha de recordar que no es lo mismo para él hablar de la fe del carbonero, que siempre rechazó, y de la fe sencilla del pueblo que siempre acepta y poetiza. La posibilidad de la llamada fe del carbonero es la que más justifica con la fe implícita. En «*Los naturales y los espirituales*» comenta simplemente: «Nada encuentro más repulsivo que elogiar la fe del carbonero, la del que, bajo palabra ajena, dice creer en lo que cuenta tal libro. Sin haberlo leído»²⁵. Más adelante vuelve a meterse con esta fe como «la del que

21. VI, 1149.

22. IX, 445.

23. VII, 900.

24. IX, 1127.

25. I, 1218.

dice 'creo lo que cree la Santa Madre Iglesia', y luego al preguntarle qué cree ésta, replicó: 'Lo que creo yo'; y no sale de ahí. Eso es creer en la Iglesia pero no en lo que ella enseña»²⁶. Con un título tan significativo como el de «*Hinchar cocos*» conecta la fe implícita con la tendencia «de aquel que profesa creer, por obediencia y no por convicción, lo que otro le enseña y aún sin entenderlo»²⁷. Y lo que lo hace más grave todavía es que considera esta fe como un producto del endiosamiento de los de arriba: «Es lo de: 'El jefe no se equivoca', o sea, el principio de infalibilidad personal»²⁸. La fe se convierte para Unamuno en un método de «entontecimiento» social²⁹, o en posible causa del fracaso de un pueblo cuando agota el dinamismo interior. Tal es una de sus principales preocupaciones en la conocida obra *Mi religión y otros ensayos* cuando reflexiona a lo Harnack:

«Yo no sé qué esperar de pueblos materializados por una larga educación de fe implícita católica, de creencias rutinarias, y en las que parece gastado el resorte interior; esa íntima inquietud que distingue a los espíritus genuinamente protestantes. No sé qué esperar de pueblos en que siglos de una religión más social que individual, más de rito y ceremonia y exterioridad y autoridad, que no de lucha íntima, les ha llevado a una 'librepensadería' de indiferencia y de resignación a esta vida»³⁰.

Son en realidad claras las objeciones de Unamuno en cuanto a la manera como el pueblo aceptaba la fe del catecismo. Pero, ¿qué decir del entendimiento de la fe por parte del catecismo mismo? Su posición en este campo no es menos insistente que en el anterior. El texto más directo es el del conocido artículo «*La fe*» en el que Unamuno da vueltas y revueltas a la idea ibseniana de que vida y fe deben confundirse:

«P. '¿Qué cosa es fe?'

R. 'Creer lo que no vimos'

¿Creer lo que no vimos? ¡Creer lo que no vimos, no!, sino crear lo que no vemos. Crear lo que no vemos, sí, crearlo y vivirlo, y consumirlo, y volverlo a crear y consumirlo de nuevo, viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así; en incesante tormento vital»³¹.

Si «fe es creer lo que no se ve»³², se encuentra en conflicto con la razón y la ciencia³³. En una poesía de 1930 repetía esta división con velada ironía:

26. I, 1219.

27. VII, 1144. En este mismo artículo trata de explicar los orígenes de la «fe del carbonero»: «Y se llama del carbonero por aquella fábula —o lo que sea— de un carbonero, que al preguntarle qué era lo que creía, respondió: 'Lo que cree y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia'. Y al preguntarle: '¿Y qué es lo que cree la Iglesia?' replicó: 'Lo que creo yo'. Y de este círculo vicioso no le sacaron».

28. VII, 1144.

29. «O peor caso que votar contra conciencia, que es votar con inconsciencia, sin saber lo que votan. Porque aquella fórmula de la fe implícita, la del carbonero, aquélla del Catecismo del P. Astete de: 'eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder', esto ha pasado de la religión católica a la política laica. También en ésta la fe implícita, la fe del carbonero, el método del entontecimiento», VII, 813.

30. III, 367.

31. I, 962.

32. «*Fe en el progreso*», IX, 646.

33. «Si fe es creer lo que no vemos, según se nos ha enseñado en el catecismo escolar y parroquial, razón es creer lo que no vemos». «*La raza y la lengua*», IV, 653.

«creer lo que no vimos... fe
y creer lo que no vemos... razón, ciencia»³⁴.

Y luego:

«Fe creer lo que no vimos,
razón creer lo que no vemos,
no vimos cómo nacimos
hay que creer que nacemos»³⁵.

El catecismo se encuentra para Unamuno plagado de fórmulas pildóricas, dogmas sin conexión con la vida. El que lo aceptara se convertiría en un esclavo «y no de ideas, sino de frases, de fórmulas, de rutinarios dogmas, de los que están poseídos en vez de poseerlos. No poseedores de ideas, sino poseídos de palabras; no dueños de fe, sino esclavos de dogma. Porque el ser dueños de fórmulas, de dogmas, de rutinas, el poseerlas hace fuerte y permite, llegado el caso, desprenderse de ellas, pero el ser de ellas poseído es estar poseído del modo más terrible y refractario a exorcismos»³⁶. La razón de ello estriba para Unamuno en que la fe «hay que despertarla y no darle dogmas...»³⁷. Su teoría se reduce en el fondo a la convicción de que lo que no se asimila, esclaviza. El catecismo se hizo esclavo de la escolástica y el pueblo acaba haciéndose esclavo del catecismo. «Lo menos acomodado al pueblo es la doctrina tradicional fraguada por teólogos... Todo eso no le da vida»³⁸. Si el pueblo español se había convertido en un pueblo que razonaba poco es porque lo habían empujado «a vivir de préstamo con pocas ideas, y ellas escuetas y perfiladas a buril, esquinosas, ideas hechas para la discusión, escolásticas, sombras de mediodía meridional»³⁹.

La ironía de don Miguel llega al extremo en «*Cuestiones de momento*». Observa allí que se llegaba hasta «predecir el tiempo por teología escolástica, a resolver la cuestión económico-social con supuestas doctrinas de los Reyes Católicos, o el conflicto de los Ferrovianos con un texto de Melchor Cano o de Soto. Holgazanería, en fin»⁴⁰. El catecismo «es un tratado... donde hay cosas tan importantes para la salud del alma como el aprender cuántos y cuáles son los sentidos corporales»⁴¹.

En una conferencia dada en Málaga el 23 de agosto de 1906 Unamuno resume ya entonces la mayoría de sus objeciones en contra del catecismo: «Acudid al Catecismo de la doctrina cristiana, y os encontraréis con aquello de que las virtudes cardinales son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y después de esto no se sabe para qué se ha hecho esa clasificación ni a qué fin conduce llamarlas cardinales, ni por qué han de ser cuatro y no tres o cinco. El fin de esa clasificación termina en la clasificación

34. VI, 1335.

35. VII, 1182. La misma insistencia se encuentra en el capítulo nueve de *Del sentimiento trágico de la vida*. Obras, VII, 219. Véase también «*Don Juan Tenorio*», III, 1041.

36. «*La juventud intelectual española*», I, 988.

37. «*Los naturales y los espirituales*», I, 1223.

38. «*Los naturales y los espirituales*», I, 1220.

39. «*La ideocracia*», I, 960-61.

40. VII, 520.

41. «*La quimera*», III, 1103.

misma. Y es que nuestro Catecismo no es sino el índice de una *Suma Teológica*, y no pasa nunca de índice»⁴². Aunque los catecismos de otras naciones no fueran mejores bajo ningún aspecto, don Miguel no quería que se tolerara esto en España, dado que ya *En torno al casticismo* había rechazado las ideas «categóricas y abstractas» como perniciosas para la nación⁴³.

En el campo de la ficción encontramos el mismo resultado. Veamos algunos ejemplos:

Paz en la guerra nos ofrece en seguida el cuadro de unos niños asistiendo a la doctrina cristiana o enseñanza del catecismo. Esto era bien común y no tendría nada de particular. Lo curioso es que esta enseñanza no les transmitía vida, sino que más bien representaba un contraste con el «mundo fresco» de la calle. La dicotomía entre el formalismo vacío de un lado y la vida del otro determina también a los personajes principales como es Pachico frente a Ignacio, o los carlistas todos en relación con sus enemigos. Todo ello está anclado en ese rechazo tan unamuniano del catecismo. Comparemos el texto arriba señalado sobre los niños asistiendo al catecismo en la novela con las experiencias de infancia que nos relata el mismo don Miguel:

Paz en la guerra:

«Durante la preparación se reunían a doctrina en la sacristía de la parroquia los chicos y las chicas que habían de comulgar, a un lado ellos, y ellas al otro, sentados en el suelo. Ignacio se quedaba mirando, sin saber por qué, a Rafaela, la hermana de Juanito, que tiraba de sus vestidos para cubrirse bien las canillas. A la quietud y penumbra de la sacristía llegaba el bullicio de la calle como eco alegre del mundo fresco»⁴⁴.

De mi vida:

«No recuerdo bien si fue en alguna estancia de esta iglesia o en otra de San Nicolás —el tinaco— donde nos prepararon en Catecismo a chicos y chicas para la primera comunión. Sentados en el suelo unos frente a otros, separados por sexos, y ellas estirándose las falditas para que le cubrieran las piernas entre rodilla y tobillo. Y yo, casi niño, soñando en ella con una pureza virginal. Y a la vez soñando —¡contradictorias fantasías infantiles!— en la celda monástica»⁴⁵.

El contraste entre vida, tradición vida (intrahistoria) y tradición vacía forma parte de toda la novela. Cuando en *Paz en la guerra* se menciona la muerte, como uno de los *novísimos* del catecismo, no se la considera como un fruto maduro o una autorealización personal, sino como una «fórmula abstracta y muerta»⁴⁶. Esta transición de vida a muerte —cuando predomina lo abstracto— es una constante en toda la obra de Unamuno. Si Pachico Zabaldibe, el personaje principal de *Paz en la guerra*, empezó a crecer y experimentar una «renovación interior» es porque, al igual que el joven Unamuno, desdeñaba ciertas frases claves del catecismo: «Empeñábase en racionalizar su fe, iba a los sermones y se hizo razonador del dogma y desdeñador, como su tío, de esas gentes que repite: ‘Creo cuanto cree y enseña la Santa Madre Iglesia’, ignorantes de lo que ésta enseña y

42. IX, 205 y 206.

43. I, 819.

44. II, 103.

45. VIII, 269.

46. «Aparecía el ‘morir habemos’ cual realidad viva, que fue poco a poco disipándose, hasta volver a su estado normal de fórmula abstracta y muerta». II, 219.

cree»⁴⁷. Tan sólo para un personaje como Pedro Antonio, fruto exclusivo del pasado, podría esta actitud revestir algún aspecto positivo. Cuando éste escuchaba del sacerdote los razonamientos y significado de la muerte de su hijo, se desahogaba en lágrimas silenciosas «que le dejaban la dulzura toda de la resignación lograda»⁴⁸. En esta tradición todavía quedaba un gesto de autenticidad como reconoce el mismo Pachico cuando habla de los dogmas como auténticos cuando fueron creados.

Uno de los personajes de *Paz en la Guerra*, Gambelu, parafrasea burlescamente el catecismo: «Cada cual debe saber lo que ha de creer, lo que ha de pedir, lo que ha de obrar, y lo que ha de esperar»⁴⁹. Esta frase de la novela busca la posibilidad de filosofar y discutir como medios de alcanzar la verdad. Lo opuesto sería la resignación que al mismo Gambelu le viene del catecismo: «Nuestro deber –le dice a su mujer– es alimentar a los vivos, y rezar los muertos»⁵⁰. Lo curioso es que existe también dentro de él una rebelión que le permite penetrar más allá de las arideces dogmáticas del catecismo. Aunque sigue el catecismo en lo de estar «atento a que doctores tiene la Santa Madre Iglesia para responder a todo eso... en los hondos senos de su alma, dícele una voz, sin ruido de palabra: ‘La cuestión es ser bueno; ésta es la verdad’»⁵¹. Este mismo concepto se encuentra también en la última de las novelas de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, lo que nos hace poner más en duda a los críticos que tanto insisten en la evolución espiritual de don Miguel.

Los soldados de *Paz en la guerra* no se dedicaban a ningún tipo de perfeccionamiento libre, sino que se quedaban estancados «en ayuno forzoso»⁵². La dicotomía entre la aceptación ciega y vacía del carlista y el desafío de sus opositores refleja la misma lucha de Unamuno por deshacerse de las fórmulas abstractas del catecismo a favor de una posición más conforme con la vida.

En el «Prólogo a la segunda edición» de *Abel Sánchez* el autor nos recuerda un aspecto básico de su novela. Se trata de los frutos que la doctrina del catecismo había producido en uno de sus personajes y en toda España: «Al final de su atormentada vida, cuando se iba a morir, decía mi pobre Joaquín Monegro: ‘¿Por qué he nacido en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser ‘Odia a tu prójimo como a ti mismo’»⁵³.

Naturalmente esta frase representa una vuelta completa a la del catecismo (‘Ama a tu prójimo como a ti mismo’), pero tal era precisamente la intención de Unamuno, de dejar ver que se entendían las cosas al revés. Don Miguel confirma más tarde que tal era también el estado de ánimo en el que se encontraba cuando escribió la novela. Nos deja saber que en aquella época estaba ponderando esta fase del catecismo que consideraba más escolástica que evangélica: «Ama a tu prójimo como a ti mismo’, se nos ha dicho en una sentencia que no tiene, por cierto, nada de evangélica, sino de escolástica»⁵⁴. Y

47. *Paz en la guerra*, II, 126.

48. II, 282.

49. II, 131. El catecismo de Astete contesta a la pregunta ‘¿Cuántas cosas está obligado a saber y entender el cristiano?: «Saber lo que ha de creer, lo que ha de orar, lo que ha de obrar y lo que ha de recibir».

50. La séptima obra de misericordia espiritual según el catecismo es «rogar a Dios por los vivos y los muertos», y la segunda obra de misericordia corporal es «dar de comer al hambriento».

51. II, 293.

52. II, 222.

53. II, 685 y 758.

54. «*Juvenilia*», VII, 669.

luego acaba por conectarlo todo con esta novela: «Todas estas ligeras disquisiciones me alivian de hondos pesares, con los que hay quien cree que no tengo derecho a molestar a mis lectores y que me recuerdan la última tempestad de ánimo por que pasé cuando escribí aquella novela de desventuras a que llamé *Abel Sánchez*»⁵⁵. La asociación entre novela y catecismo estaba todavía tan viva en la mente del autor en 1926 como lo estuvo cuando escribió la novela.

En *Dos madres* la gracia matrimonial consiste en «¡criar hijos para el cielo..., criar hijos para el cielo!»⁵⁶. La misma teoría puede encontrarse en *Teresa*⁵⁷.

En *La tía Tula* nos indica lo que le resultaba aceptable en materia religiosa: «Oración ha de ser el comer, el beber, el pasearse, y el jugar, y el leer, y el escribir, y el rezo todo, y nuestra vida un continuo y mudo 'hágase tu voluntad', y un incesante '¡venga a nos el tu reino!', no ya pronunciados más ni aun pensados siquiera, sino vividos»⁵⁸.

San Manuel Bueno, mártir, sigue al principio la senda del catecismo. Don Manuel no quería despertar al pueblo para darle cumplimiento al catecismo: «Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!»⁵⁹. Si se le dirigía alguna pregunta, usaba el catecismo para responder: «—A eso, ya sabes, lo del Catecismo: 'eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder'»⁶⁰. El catecismo era su única meta y refugio: «—Sí, hay que creer todo lo que cree y enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. ¡Y basta!»⁶¹. Pero al final de la novela, como es bien sabido, San Manuel ya no muestra la misma fidelidad al catecismo, sino que asume una actitud bien semejante a la de «*Un pobre hombre rico*» quien insiste en que «lo seguro es atenerse a lo de Santo Tomás el Apóstol, y vuelvo a hacerte la gracia de la cita: ¡Tocar y creer!»⁶².

Esta tendencia de don Miguel empezó ya mucho antes de la publicación de su última novela. En una conferencia dada en Málaga en 1906 Unamuno se entretiene con dos expresiones del catecismo relacionadas con el matrimonio y que se encuentran también en *San Manuel*. Llama «frase brutal» aquella de «¡Angelitos al cielo!, o la igualmente impía de: ¡Teta y gloria! Uno de los fines del matrimonio es, según el catecismo, criar hijos para el cielo, y no queremos comprender que el cielo está en la tierra»⁶³. Ambas expresiones se encuentran también en boca de don Manuel.

Su *Diario íntimo* nos da la síntesis final: «En religión se unifican la ciencia, la poesía y la acción»⁶⁴.

55. VII, 670.

56. II, 1063.

57. VI, 573-574.

58. II, 1064.

59. II, 1142.

60. II, 1137.

61. 1137. En «*La carta del difunto*» Unamuno expresa exactamente los mismos pensamientos que clasifica como fórmulas muertas: «Creía a pies juntillas todo cuando enseña y cree nuestra santa madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, aunque es lo cierto que ella ignoraba la mitad de lo que enseñaba», II, 918.

62. II, 1207.

63. IX, 188.

64. VIII, 787.

